

e-Book
2016

CÓRDOBA A 40 AÑOS DEL GOLPE

Estudios de la dictadura en clave local

Ana Carol Solis y Pablo Ponza (comps)



Secretaría de
**Investigación,
Ciencia y Técnica**

Editorial/
Filosofía y Humanidades | UNC

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC

Córdoba a 40 años del Golpe: estudios de la dictadura en clave local / Alicia Servetto ... [et al.]; compilado por Ana Carol Solis; Pablo Ponza. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 2016.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1284-1

1. Córdoba. 2. Golpe de Estado. 3. Dictadura. I. Servetto, Alicia II. Solis, Ana Carol, comp. III. Ponza, Pablo, comp.
CDD 320.982



CÓRDOBA A 40 AÑOS DEL GOLPE: ESTUDIOS DE LA DICTADURA
EN CLAVE LOCAL compilado por Carol Solis y Pablo Ponza se distribuye
bajo una Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Sin
Obra Derivada 4.0 Internacional

Este libro contó con referato académico, a través del sistema doble ciego, organizado por la Secretaria de Ciencia y Técnica de Ciencias de la Información. Agradecemos a los docentes e investigadores que participaron del mismo.

Imagen de tapa: “Ayunantes”

Familiares de detenidos desaparecidos y presos políticos ayunan frente a la Legislatura Provincial de Córdoba, en diciembre de 1983. Créditos de la fotografía: La Voz del Interior

ESTRATEGIA Y TÁCTICA EN LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA ARGENTINA

GABRIEL MONTALI⁶⁹

A Roberto y a Oscar

«En la ambigüedad, en la escisión, en la diversidad podía estar la clave»
Francisco Urondo, *Los pasos previos*

Introducción

Luego de las elecciones que consagraron presidente a Héctor Cámpora en 1973, y que abrieron la etapa más rica y compleja del período iniciado con el golpe de Estado de 1955, un conjunto de agrupaciones de distintas partes del país comenzó a transitar el proceso de unificación del que nacería la Organización Comunista Poder Obrero, también conocida como OCPO o Poder Obrero. Su núcleo dirigente, compuesto en su mayoría por la agrupación cordobesa El Obrero, estuvo integrado por militantes que habían participado de las luchas estudiantiles y sindicales de la década de 1960, y que habían tomado de ellas algunos de los elementos que años más tarde conformarían las claves de la propuesta política del grupo. Al respecto, según se desprende de los documentos elaborados por OCPO y de los pocos trabajos publicados hasta el momento sobre esta organización,⁷⁰ esas claves fueron sobre todo tres. En primer lugar, la consideración de que debía ser la clase obrera, y no una vanguardia armada, el actor protagónico del proceso revolucionario.

En segundo lugar, la idea de que la estrategia —el plan para alcanzar un objetivo— y la táctica —los pasos que suponía la ejecución de ese plan— no debían definirse nunca de antemano, es decir, apelando a programas que se creyeran *verdaderos* o *definitivos* antes de que fueran contrastados con la realidad,⁷¹ o lo que es lo mismo: antes de que fueran puestos a

⁶⁹ Magister en Creación Literaria por la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, doctorando en Estudios Sociales de América Latina por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), becario de SECYT-UNC: gabrielmontali@hotmail.com

⁷⁰ Entre estos se destacan los de Federico Cormik (2015) y Guido Lisandrello (2011), junto a los abordajes realizados por algunos de los militantes de OCPO, como el artículo que Dardo Castro y Juan Iturburu (2004) publicaron en la revista *Lucha Armada* y, en especial, la tesis de maestría de Ana Mohaded (2009), en la que se reconstruye de manera precisa y detallada la biografía del grupo.

⁷¹ Estrategia y táctica son conceptos originados en el lenguaje militar. En términos de la socióloga chilena Marta Harnecker (1985: 32), autora de varios estudios del pensamiento marxista-leninista cuya lectura no fue ajena a los integrantes de Poder Obrero, «se llama estrategia a la forma en que se planifican, organizan y orientan los diversos combates (...) para conseguir el objetivo fijado: ganar la guerra contra determinados adversarios». En tanto que la táctica corresponde «a las distintas

prueba en el terreno *concreto* de la lucha política, que para Poder Obrero era, además, el terreno donde las vanguardias tenían que ganar la representación de los trabajadores.

Y en tercer lugar, la concepción de que la lucha armada no constituía *el único* camino hacia el triunfo revolucionario, sino una táctica más dentro de una estrategia que contemplaba diversas formas de lucha política, entre las cuales los militantes debían elegir las más adecuadas según la coyuntura del país y la situación, en ese contexto, tanto del propio grupo como de los sectores populares.

El corolario de estas premisas fue, por un lado, la confección de una estrategia cuyo eje principal consistió en lo que Federico Cormik (2015: 123) denominó como *lógica de confluencia*, puesto que Poder Obrero, a los fines de hacer posible el triunfo de un proyecto de cambio social en nuestro país, estimaba necesario conformar un *Frente de Masas* (OCPO, 1975a) entre las organizaciones de izquierda, la clase obrera y el resto de actores sociales enfrentados al orden dominante. Y, por otro, siguiendo las reflexiones de Ana Mohaded (2009: 169 y 170), esta impronta *antiseccionista*, *antidogmática* y *antiverticalista* de OCPO habría repercutido en una actitud de mayor horizontalidad hacia los sectores populares y en una mayor democracia al interior de su estructura, dos factores recurrentes en los testimonios que la autora recopila en su trabajo.

Ahora bien, pese a lo dicho, el planteo estratégico de Poder Obrero no estuvo exento de inconvenientes y contradicciones, tal es así que la organización acabó por replicar el militarismo⁷² de aquellas tendencias de las que pretendía diferenciarse. Es allí, en efecto, donde emerge un interrogante que desborda las posibilidades de estas páginas, a través de las cuales, no obstante, me empeñaré en trazar los marcos de una posible explicación. A saber: ¿cómo pudo suceder esto en un grupo que se había propuesto, de manera explícita, elaborar un programa contrario a cualquier forma de esquematismo?, un programa que promoviera una política de alianzas «flexible y dinámica» (Castro e Iturburu, 2004: 104), que buscara «la más estrecha colaboración cotidiana en la unidad de acción contra la derecha» (El Obrero, 1973: 6), y que, en definitiva, a juicio de uno de los militantes entrevistados por Mohaded, no diera «nada por sentado» (testimonio de Francisco Drueta, *apud* Mohaded, 2009: 192), sino que apuntara a definir su praxis política a partir de un contacto recíproco entre teoría y realidad. Mis hipótesis, en ese sentido, son dos. En primer término, intentaré demostrar que existieron contradicciones en la concepción estratégica de OCPO, derivadas de la presencia en el imaginario del grupo —y de la confusión, quizás no del todo consciente— de dos modelos de acción contrapuestos: uno que tomaba a la lucha reivindicativa de las masas como motor del cambio social, y otro que buscaba ese impulso en la realización de acciones militares.

operaciones que se ejecutan concretamente para llevar a cabo los combates de acuerdo al plan estratégico general».

⁷² A juicio de Lenin (1902), el militarismo era una forma de *aventurerismo* que se desentendía de la elaboración teórica y de las tareas de concientización de las masas. Marta Harnecker (1984: 220), por su parte, coincide con él al definirlo como una interpretación subjetivista de la teoría marxista, según la cual «es la voluntad de los hombres, de ciertos grupos revolucionarios y de sus héroes» lo que determina la marcha de la historia. En consecuencia, dos de los efectos de esta lógica serían el privilegio de la actividad militar sobre cualquier otra forma de lucha política y el desplazamiento de la clase obrera a una posición secundaria en el proceso de cambio social.

En segundo lugar, la hipótesis restante es más un inconveniente que una contradicción, ya que limitó las posibilidades de esa lógica de confluencia que Poder Obrero intentó llevar adelante. Me refiero con esto a la posición del grupo con respecto al peronismo, al que sus integrantes, con marchas y contramarchas, nunca dejaron de calificar como un partido «reformista» y «burgués» (El Obrero, 1971a: 2), esto es, como un partido que perseguía la conciliación de las clases y no la ruptura del *statu quo*. Por supuesto que ninguna de estas hipótesis puede marginarse del contexto político, social y cultural de la época, marcado por la influencia de la Revolución Cubana (1959), la proscripción del peronismo (1955-1973) y la política totalitaria de la dictadura denominada *Revolución Argentina* (1966-1973), entre otros hechos que alentaron a buscar en la acción directa –huelgas, sabotajes, lucha armada– las vías de participación en una escena pública progresivamente clausurada por el autoritarismo militar.

En relación a este último punto, si bien no ahondaré en los factores contextuales del período, ni tampoco en los pormenores del debate teórico sobre la violencia, me parece apropiado aclarar que en estas páginas trataré de apartarme de aquello que autores como Lucas Lanusse (2007: 35), Pablo Pozzi (2006: 51) o Waldo Ansaldi y Mariana Alberto (2014: 27) definieron como tesis *combativas*, lecturas *desde la derrota*, o que en todo caso *hablan* de la violencia *sin pensar* en ella. Se trata de estudios que al centrar sus enfoques en juicios morales han carecido de cierto rigor, predisponiéndose, en general, a emitir condenas antes que a explicar el porqué de los hechos.⁷³ Siguiendo a Pozzi (2006: 46), para esta línea de investigación la violencia es una *patología*, la lucha armada fue la responsable de los conflictos que vivió la región y las guerrillas –a las cuales juzgan más por sus métodos que por sus contenidos– no creyeron en la democracia y fueron la expresión de una clase media *fascinada* con la gesta cubana. De modo que, en oposición a esta corriente, a lo largo del texto me valdré de los aportes de autores que han buscado en la política las claves de análisis de la violencia, recuperando para ello interrogantes sociológicos esenciales, como son los referidos al Estado, a las clases sociales, a las relaciones de dominación, al imperialismo, a los patrones de acumulación y a los clivajes políticos dicotómicos de las tendencias de izquierda y derecha de nuestro país.⁷⁴

⁷³ Probablemente los trabajos de Luis Alberto Romero sean los mejores exponentes de esta tendencia. Pablo Pozzi (2006) y Omar Acha (2012) suman también a ella las perspectivas de Hugo Vezzetti y Sergio Bufano, aunque sería atinado discutir algunos de sus argumentos puesto que se trata de estudios de mayor complejidad. Por su parte, al hablar de tesis *combativas*, Lucas Lanusse se refiere al enorme caudal de obras testimoniales sobre el período –muchas de ellas, por cierto, de enorme valor–, que según su criterio han quedado ancladas a lógicas de análisis propias de aquella etapa conflictiva de la historia Argentina, y que por tanto se han enfocado menos en el análisis que en la justificación o el cuestionamiento de las decisiones o prácticas de quienes fueron sus protagonistas.

⁷⁴ Entre estos aportes se destacan los de María Matilde Ollier (1998), María Cristina Tortti (1999), Liliana De Riz (2000), Mónica Gordillo (2001), Gustavo Morello (2003), Pablo Pozzi (2004 y 2006), Pilar Calveiro (2005), César Tcach (2006), Ernesto Salas (2006 y 2007), Marina Franco y Florencia Levin (2007), Andrea Giunta (2008), Alicia Servetto (2004 y 2010), Omar Acha (2012), Vera Carnovale (2011), Claudia Gilman (2012), Inés Nercesian (2013), Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (2012 y 2014) y Pablo Ponza (2010 y 2014). Cabe aclarar que estos investigadores no siempre coinciden en sus observaciones sobre el período. En efecto, no son las afinidades lo que aquí me interesa, sino el esfuerzo puesto en romper las limitaciones que implica pensar la violencia por fuera de la historia.

Obreros y estudiantes: la impronta cordobesa

En 1974, cuando la gestación de OCPO tomaba forma, Córdoba atravesaba uno de los momentos más difíciles de toda la década. A finales de febrero se había producido la rebelión policial comandada por el teniente coronel (Re) Antonio Domingo Navarro, quien había sido relevado de la jefatura de la fuerza. El resultado de ese episodio, denominado *Navarrazo*, sería la destitución del gobernador Ricardo Obregón Cano y la aplicación en el territorio cordobés de las prácticas represivas que luego caracterizarían a la dictadura militar. «Se acabó el negocio de alentar o encubrir las estructuras subversivas», declaraba el entonces interventor federal Raúl Lacabanne (*apud* Servetto, 2004: 10). Y mientras la provincia asistía a la proliferación de discursos que llamaban a *extirpar* los *tejidos enfermos* de la sociedad, no menos de diez organizaciones comenzaban a confluir en una misma estructura bajo la articulación del grupo El Obrero. Entre estas se destacaban la Línea de Acción Popular (LAP), con presencia sobre todo en Mendoza y San Juan; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Buenos Aires (MIR); la Agrupación Revolucionaria de Estudiantes Socialistas de Tucumán (ARDES) y un conjunto de tendencias que provenían de la crisis de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), en especial de los asentamientos que estas tenían en Rosario, Santa Fe y Buenos Aires. La fusión se completaría meses más tarde con el ingreso de Lucha Socialista, de La Plata; aunque, según la reconstrucción biográfica de Federico Cormik (2015: 111-114), esta suerte de federación de agrupaciones adoptaría su nombre definitivo recién en septiembre de 1975.

En el transcurso de esa fase de crecimiento, Poder Obrero definió su orientación político-ideológica como *socialista revolucionaria*, planteando su estrategia en términos de *tercera vertiente* de un espectro que completaban Montoneros, desde el peronismo de izquierda, y el PRT-ERP, desde el marxismo.⁷⁵ Estos fueron algunos de los lineamientos fijados en el acta fundacional del grupo, el documento titulado *Bases para un acuerdo de fusión* (1975: 1-3), donde además se clasificaba a la Argentina como un país «capitalista dependiente», debido a su subordinación a las potencias occidentales –sobre todo a los Estados Unidos– y al hecho de que la industria desempeñaba un papel fundamental en su estructura productiva, lo que a criterio de la organización colocaba a la clase obrera como actor protagónico del cambio social. Todo esto llevó a los militantes de Poder Obrero a rechazar la perspectiva de corrientes que entendían a la Argentina como una «colonia» o una «semicolonia».

Siguiendo los análisis de Cormik (2015: 100) y Mohaded (2009: 48), a diferencia de ellas, OCPO consideraba que el país poseía un Estado moderno e independiente a nivel político, aunque no así a nivel económico. Por lo tanto, pese a que la revolución implicaría resolver tareas no estrictamente socialistas –como un mejoramiento en el desarrollo agrario e industrial–, la clave frente a ese contexto, según el texto fundacional, debía ser la *socialización* de los medios de producción. Tal como recuerda uno de sus integrantes: «cuando se asume que la revolución es socialista a eso hay que darle otra fuerza, es decir: (...) las grandes empresas están en manos del Estado, lo que se debe hacer ahora es que ese Estado pertenezca al

⁷⁵ Los testimonios de la mayoría de sus integrantes coinciden en la apreciación de OCPO como una tercera posición entre de la militancia de izquierda: «Poder Obrero fue la síntesis de una de las tres grandes vertientes revolucionarias de la Argentina: la de origen peronista, que culminó en Peronismo de Base-FAP y Montoneros-FAR, la marxista, que tuvo su mayor desarrollo en el PRT, y la socialista revolucionaria, con FAL y OCPO como principales expresiones» (Castro e Iturburu, 2004: 102).

proletariado, y que el control de las empresas nacionalizadas pase a manos de los trabajadores» (testimonio de Juan Iturburu, *apud* Mohaded, 2009: 54).

Estas reflexiones, sin embargo, no surgieron al interior de Poder Obrero de un momento a otro, sino que fueron el fruto de una etapa previa de militancia y estudio del pensamiento marxista que trascendió la efímera existencia del grupo. En efecto, es en ese sentido que resultó crucial el aporte que harían a OCPO los militantes de El Obrero, tendencia que integraban quienes serían, *a posteriori*, los máximos referentes de la organización, como Juan Iturburu, Dardo Castro, Rodolfo Espeche, Jorge Camilión y Carlos Fessia.⁷⁶ Estos tomaron el nombre de un periódico anarquista fundado en 1890 en nuestro país por el ingeniero Germán Avé Lallemand, y con ese nombre titularon el folleto –devenido más tarde en la revista *El Obrero*, el órgano de prensa más importante de OCPO– que dio nacimiento a la agrupación en 1968 y a través del cual realizaron sus primeras intervenciones políticas en las fábricas de Córdoba, sobre todo en IKA-Renault.

De acuerdo a los testimonios recopilados por Mohaded (2009: 52 y 53), los cuadros de El Obrero dividían sus actividades entre la agitación política y el debate teórico, terreno en el que se abocaron a procesar los textos de Antonio Gramsci, Rosa Luxemburgo, Ernesto Guevara, Theotonio dos Santos, Vô Nguyễn Giap, Mao Tse Tung, Georg Luckács, Nicos Poulantzas, Nicolás Bujarin y Lenin, entre otros autores.⁷⁷ Cormik (2015: 106), en tanto, observó con acierto que el objetivo de esta empresa era conformar una estrategia específica «a partir de las condiciones concretas del país y el período histórico», ya que la formación libresca de estos activistas no estuvo desligada de los sucesos ocurridos en Córdoba tras el golpe de Estado de 1966. En tal sentido, los esfuerzos de El Obrero por insertarse en los agrupamientos estudiantiles y en los sindicatos de la ciudad, llevaron al grupo a participar de las luchas de estos movimientos contra la política totalitaria de la dictadura, cuyo rasgo primordial fue el desarrollo de una «conciencia antiautoritaria» (Crespo y Alzogaray, 1994: 82) que influyó de manera notable en los integrantes de esta corriente.

En el caso de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), donde El Obrero trabó alianza con los Grupos Revolucionarios Socialistas (GRS),⁷⁸ este fenómeno se manifestó en la

⁷⁶ Este último fue el principal dirigente político de Poder Obrero y se desempeñó como Secretario General de la organización hasta que las Fuerzas Armadas lo asesinaron en 1976. En su lugar asumió Jorge Camilión, quien moriría en combate un año después en Villa Tesei, ubicada en el partido bonaerense de Morón. El último Secretario General de OCPO fue Dardo Castro, en tanto que Juan Iturburu estuvo detenido entre 1974 y 1983. Por último, Rodolfo Espeche formó parte de la Dirección Nacional del grupo hasta que renunció para proletarizarse en 1975; un año más tarde fue secuestrado y trasladado junto a su compañera, Susana Mauro, al centro clandestino de detención La Perla, donde también sería retenida su madre, María Zulema Espeche; los tres continúan desaparecidos.

⁷⁷ No me voy a detener *in extenso* a detallar la manera en que el grupo interpretó y aplicó los conceptos de cada uno de estos autores. Sí me interesa destacar que Lenin constituyó un referente de peso en los documentos elaborados esta etapa primigenia. De hecho, los integrantes de El Obrero no solo citaban frases y conceptos de algunas de sus obras, en especial de *Qué hacer* (1902), sino que además replicaban el estilo *polemista* que empleaba el líder de la Revolución Rusa (1917) en sus duelos argumentales.

⁷⁸ Según declaraciones de Carlos Ahrensburg, Eduardo Carbel y Ángel Stival (Montali, 2013), todos integrantes de la alianza El Obrero-GRS, entre 1968 y 1971 este agrupamiento creció de manera vertiginosa en las facultades de Arte, Ciencias Químicas, Psicología, Arquitectura, Derecho, Historia, Ingeniería, Filosofía y Medicina.

irrupción de distintas formas de democracia directa, como por ejemplo el caso de los delegados por curso, que rebasaron los encuadramientos tradicionales de los estudiantes y alimentaron un cuestionamiento global del rol de las instituciones de enseñanza en el sistema capitalista.⁷⁹ Tal como recuerda Carlos Ahrensburg (*apud* Montali, 2013: 11), militante de los GRS en la UNC:

Nosotros discutíamos cuál debía ser el rol del estudiantado en el cambio social, es decir, nos preguntábamos: «¿qué es lo que debe hacer un estudiante de arquitectura?, ¿estudiar cómo construir una casa, o estudiar cómo, desde su profesión, puede contribuir a resolver el problema habitacional en la argentina?». Nuestro objetivo era que los estudiantes dejaran de pensar en recibirse para incorporarse al sistema burgués.

En paralelo a lo sucedido en las casas de estudio, otro fenómeno semejante ocurrió en el campo sindical con la irrupción del movimiento *clasista*, que inauguró un estilo de liderazgo estructurado desde las bases a partir de una proclama antipatronal, antiburocrática, anticapitalista, autonomista en relación al Estado y favorable a las políticas de acción directa (Gordillo, Malecki y Schmucler, 2009: 178). Precisamente, fue en la progresiva vinculación de esos dos ámbitos donde los activistas de El Obrero se formaron como militantes, participando en distintas facultades de la UNC desde su vinculación con los GRS e incorporando cuadros a la corriente clasista en algunos gremios de la capital provincial, como, por ejemplo, el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), el Sindicato de Trabajadores de Perkins (SITRAP) y los gremios de vialidad, de la construcción, de empleados públicos y del calzado (testimonio de Juan Iturburu, *apud* Obra Colectiva, 2009: 213-233). Al punto que el resultado de todo ese periplo de aprendizaje sería la influencia en El Obrero de las formas de construcción política *antiverticalistas* que caracterizaron a estos sectores de los movimientos estudiantil y sindical, y que llevaron a los integrantes de dicho grupo a configurar un imaginario signado por la crítica a todo dogmatismo, la flexibilidad en la relación entre teoría y práctica y la idea de que el debate sobre cualquier tipo de decisión estratégica debía ser promovido siempre desde las bases de la organización.

Resumiendo, se trató de una etapa formativa atravesada por la particularidad que revestía la vida cotidiana cordobesa en aquella época, y que cristalizó en hitos como el *Cordobazo* (1969) o el *Viborazo* (1971), y en la visión romántica del *pueblo*, los *obreros* y la *juventud* como entidades puras, regeneradoras y ajenas a los vicios de la sociedad liberal. Es por eso que quizás una de las postales más significativas de aquella cosmovisión fuera la imagen del sindicalista Agustín Tosco, imponente en su austeridad, declarando desde el penal de Villa Devoto (1971: 1) que su único delito había sido «no haber cambiado el honor del mameluco por el cómodo sillón» de la burocracia sindical; o aclarando a un periodista del semanario *Siete Días* (1973: 4) que todas las respuestas las daba en plural porque nada de lo que decía le pertenecía exclusivamente a él: «se trata de algo compartido por todos los compañeros».

En definitiva, como señaló Mónica Gordillo (2014: 232), aquella Córdoba, que crecía y ganaba complejidad social gracias al incremento de la matrícula universitaria y al impacto del desarrollo industrial, impulsado por la radicación en su distrito de varias multinacionales

⁷⁹ Para mayor información, consultar los trabajos de Mónica Gordillo (2014) y Horacio Crespo y Dardo Alzogaray (1994).

automotrices, fue interrumpida en pleno proceso de modernización por el autoritarismo de la *Revolución Argentina*, cuya política reaccionaria activaría un entramado explosivo: la unión de obreros y estudiantes en contra de la dictadura. Es más, la propia composición estructural de la ciudad, con sus facultades y sindicatos ubicados en la zona céntrica, y con un cinturón fabril accesible al estudiantado, hacía de esta situación una realidad tangible para sus habitantes. Según el recuerdo de Ángel Stival (*apud* Montali, 2013: 9), militante de los GRS en la Escuela de Historia: «La unidad obrero-estudiantil se veía en la calle. Las manifestaciones se hacían en el centro. Los sindicatos estaban en el centro. Eran parte del paisaje de la ciudad. Había que estar muy metido en un frasco para no darse cuenta».

El Movimiento de Liberación Nacional: otra influencia decisiva

Un segundo factor determinante para la consolidación del imaginario antes mencionado, fue la militancia de varios de estos activistas cordobeses, en los años previos al nacimiento de El Obrero, en el Movimiento de Liberación Nacional –MLN o MALENA–, organización que los hermanos David e Ismael Viñas habían fundado a principios de los años sesenta junto a intelectuales de la talla de Susana Fiorito, Ramón Alcalde, León Rozitchner y Francisco Urondo, por mencionar algunos de los célebres nombres que integraron sus filas.

De acuerdo a las declaraciones de Castro e Iturburu en el texto de Mohaded, y en línea con las que pude obtener de Ahrensburg, Stival y Carbel, no fueron pocos los aspectos que la agrupación heredó del MLN, entre los cuales me interesa destacar: el rechazo de los postulados que afirmaban la necesidad de construir una dirección revolucionaria basada en un partido único y la crítica de algunas premisas del *foquismo* guerrillero, el modelo estratégico surgido de la gesta cubana y teorizado por Ernesto Guevara en *La guerra de guerrillas* (1960). En el caso de este último punto, por ejemplo, el MLN discutía sobre todo la centralidad que el foquismo daba a la lucha armada en el proceso revolucionario. Es así que, en oposición a la máxima según la cual «No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución [puesto que] el foco insurreccional puede crearlas» (Guevara, 1960: 3), el grupo de los Viñas, en cambio, opinaba que:

La violencia armada, por sí misma, no engendra, no da nacimiento al proceso revolucionario [por lo tanto] en niveles anteriores al de la disputa por el poder no es más que parte del proceso [y] debe estar al servicio de la política revolucionaria, no al revés (extracto del documento *La acción violenta en una política revolucionaria*, *apud* Pacheco, 2010: 11).

En la misma dirección, El Obrero entendía que era un error estratégico privilegiar la actividad militar, ya que el país aún no atravesaba un escenario de guerra civil. Y opinaba, a su vez, que de darse esa situación debían ser los sectores populares –y no grupos de vanguardia– los responsables de librar la lucha en ese terreno. Es por eso que sus integrantes identificaban como tareas del momento la inserción y la actividad política en el seno de las masas:

La caracterización de la situación actual como de guerra (...) lleva a secundarizar, a relegar en última instancia, a subestimar toda forma de organización y lucha que no sea la lucha armada o que no sirva de apoyo a esta (...). Por el contrario, si verdaderamente existieran

condiciones de guerra, y esta fuera del proletariado por el socialismo, las organizaciones de masas del proletariado serían el nervio y la sangre de la guerra (El Obrero, 1971b: 1).

Lo interesante de la cita es que en ella se reflejan los efectos de la impronta expuesta en el apartado anterior, y que también es posible constatar en diferentes anécdotas relatadas por los integrantes del grupo. Una de ellas, de hecho, tuvo lugar en el contexto de las elecciones presidenciales de 1973, cuando surgieron disidencias en torno a la posición de El Obrero que sus dirigentes decidieron someter al análisis de las distintas vertientes que conformaban la agrupación, para entonces asentada en Córdoba, Buenos Aires, San Juan, Mendoza y Tucumán. Conforme al relato de Mario Burgos (*apud* Mohaded, 2009: 64), militante en ese momento de una de las regionales que El Obrero tenía en Buenos Aires:

Como era típico (...) con una organización de funcionamiento celular, era muy difícil acceder a otros frentes, salvo para los compañeros que estuvieran trabajando en el mismo sector de masas. Los compañeros cordobeses se toman el trabajo de traer la fracción a Buenos Aires para que nos expliquen por qué estaban en desacuerdo con la línea oficial de la organización. Yo creo que es una buena expresión de esto diferente que queríamos ser ¿no? El hecho de que al surgir una disidencia, la conducción se vea obligada a ponerla en contacto con algunos sectores que les son inaccesibles para que esta disidencia pueda decir lo que piensa, es un gesto político.

Horizontalidad y antisectarismo, en definitiva, fueron dos rasgos cruciales de esa *lógica de confluencia* que llevó a todas estas corrientes a transitar el proceso de alianzas del que emergería OCPO en 1975. Claro que este rasgo no se limitó a la estructura interna del grupo. Entre otros espacios, Poder Obrero formó parte del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS), un agrupamiento impulsado por el PRT-ERP con el que luego rompieron por diferencias ideológicas, y al que OCPO, entre otras cosas, llevó sin éxito la propuesta de asistir en respaldo de Montoneros al acto del 1 de mayo de 1974, en el cual se rompería la alianza entre Juan Domingo Perón y los sectores de izquierda del movimiento. Al respecto, Juan Iturburu (*apud* Mohaded, 2009: 76) recordó que en aquella jornada, al iniciarse la desconcentración de la Plaza de Mayo, «dos compañeros del MIR pidieron a los de Montoneros las vinchas y brazaletes, sugiriendo que eso era lo que teníamos que hacer para fortalecer la identificación con el “bando” del peronismo revolucionario».

No es de extrañar, entonces, que *conducción colegiada*, *acuerdos programáticos* y *debates abiertos* fueran términos habituales en el horizonte de construcción política de una organización que, después de todo, había surgido del enlace de fuerzas que pese a unirse no resignaron completamente su autonomía, lo cual suele plantear problemas a la tarea de reconstruir la identidad y los pasos que llevaron a la constitución de OCPO. Y si bien en el desarrollo de esa impronta jugaron un papel fundamental los cuadros de El Obrero, la misma derivaría más tarde en una estrategia orientada a superar las diferencias al interior de la izquierda revolucionaria, tal como se reitera en los relatos de quienes integraron esta tendencia:

No había una dirección encerrada, pensando y elaborando. La línea política era una elaboración colectiva, en la que los compañeros de base de los distintos frentes tenían una participación decisiva. [Por

otra parte] a diferencia del resto de la izquierda, jamás nos erigimos en el partido de la revolución, ya que pensábamos que este sería el fruto de una amalgama de agrupaciones marxistas y del peronismo revolucionario que confluiríamos en el curso de la toma del poder (testimonio de Dardo Castro, *apud* Obra Colectiva, 2009: 198).

Al mismo tiempo, esa actitud también puede verificarse en los documentos elaborados por la organización:

Es desde esta perspectiva que planteamos la necesidad de construir hoy un movimiento político que detrás de un proyecto socialista y revolucionario, agrupe y centralice a los distintos destacamentos de la izquierda y el peronismo revolucionario, y al activismo obrero independiente. Este movimiento permitirá multiplicar las fuerzas de los revolucionarios y de la avanzada obrera (...), [y además garantizará] la unidad del frente de lucha de la clase obrera y el pueblo (OCPO, 1975a: 7-9).

Pero la apuesta por una política de alianzas, el reposicionamiento de la clase obrera como sujeto revolucionario y la concepción de la lucha armada en términos de *táctica*, no de *estrategia*, es decir, en términos de una herramienta para alcanzar un fin y no de un fin en sí mismo, no sólo constituyeron los factores más importantes que El Obrero legaría a la posterior formación de OCPO. A mi juicio, esos factores a su vez manifestaban las diferencias que existían entre esta organización y Montoneros y el PRT-ERP, las dos corrientes que imperaron entre el activismo nacional en aquel momento. Por supuesto que el asunto es complejo y no pretendo brindar conclusiones definitivas al respecto, sino dejar sentado algunos interrogantes que alienten a seguir indagando en la izquierda de los sesenta-setentas, en sus diferentes tendencias y en la riqueza de su diversidad. Es por eso que, sin desconocer las rupturas y disidencias internas que sufrieron estas organizaciones,⁸⁰ como tampoco el hecho de que su trabajo de inserción en los sectores populares superó con creces los logros de Poder Obrero, vale la pena recordar que no pocos autores han afirmado que en ellas predominó un sobredimensionamiento del papel de la vanguardia y una permanente actividad orientada hacia su aparato armado.

En cuanto a Montoneros, en uno de los primeros trabajos sobre el período publicados en la Argentina, Richard Gillespie ([1987] 2011: 292) señaló la existencia de una correlación entre la etapa guerrillera inicial, de marcada influencia foquista, y la «dinámica propia» que adquirió la lucha armada en la estrategia del grupo a partir del retorno de sus cuadros a la clandestinidad en 1974. Más cerca en el tiempo, para el historiador Ernesto Salas (2007: 5) la relación entre la vanguardia y las masas tuvo en Montoneros un claro signo hegemónico, «ya que la organización solicitaba la subordinación de las luchas, sin mediación ni intento de alianza política, al objetivo estratégico que ella encarnaba». Por último, otro aporte significativo en esta dirección es el elaborado por Pilar Calveiro (2005: 16), para quien: «La causa de la derrota [de Montoneros] no fue vincular lo político con lo militar sino reducir lo político a lo militar».

⁸⁰ Ejemplos de esto son la Columna José Sabino Navarro, en el caso de Montoneros, y el ERP 22 de Agosto en el caso del PRT-ERP.

En relación al PRT-ERP, Pablo Pozzi destacó en más de una oportunidad las dificultades de esta organización para desarrollar actividades fuera del terreno del combate; pero atribuyó esos inconvenientes, sobre todo, a la escasa experiencia política de sus miembros en combinación con el ejercicio represivo que los sectores dominantes desplegaron desde 1966 en adelante. Por lo que habrían sido esos factores, a criterio del autor, los responsables de la *desviación estratégica* de un grupo que se había propuesto complementar distintas formas de lucha: «no hubo militarismo como tal (lo militar guiando a lo político) lo que hubo fue una autonomización de los aspectos militares de la organización. La separación entre ambos aspectos, militar y político, los llevó a desarrollarse por carriles distintos donde a veces chocaban entre sí y a veces se complementaban» (Pozzi, 2004: 241).

Por su parte, César Tcach (2006: 126) caracterizó al PRT-ERP como «neoguevarista», ya que la agrupación redefinía ese legado al considerar que la guerrilla debía subordinarse a un partido de la clase obrera. Según sus conceptos, las tendencias en las que se impuso la lógica militarista fueron propensas a pensar el trabajo de masas como complemento o apoyatura de la actividad armada. Finalmente, desde una perspectiva crítica con las reflexiones de Pozzi, para Vera Carnovale no existió desviación alguna. En realidad, lo que habría predominado en el PRT-ERP fue la constante autoafirmación del legado foquista-guevarista. Dicho en sus propios términos:

El PRT-ERP fue una organización que apeló a la lucha armada como parte de su estrategia para la toma de poder. Y lo hizo a partir de una caracterización del proceso revolucionario como guerra prolongada. [Con lo cual] El emprendimiento de acciones militares de envergadura creciente, la regularización de fuerzas, la apertura de un frente rural, no fueron determinaciones que «desviaron» a la organización de lineamientos teóricos que postulaban un rumbo distinto. Fueron, en todo caso, las posibilidades de concreción de las enseñanzas de los teóricos de la guerra revolucionaria que la organización abrazó en 1968 (Carnovale, 2011: 28).

Ahora bien, pese a que lo expuesto hasta aquí permite enumerar un conjunto de aspectos que habrían hecho de OCPO una propuesta *alternativa* entre la militancia revolucionaria, lo cierto es que el grupo no escapó a las contradicciones que afectaron a gran parte de la izquierda en aquellos años. Según los testimonios recogidos en el trabajo de Mohaded, en los meses finales de su existencia Poder Obrero sufrió un proceso de burocratización militarista que, a mi criterio, no habría sido ajeno a algunos de los lineamientos en los que la organización se había fundado.

Estrategia y contradicciones

Otro de los aportes que OCPO heredaría del MLN fue la revalorización del peronismo, al que concibieron como el origen de la conciencia de clase del proletariado argentino. En esta lectura existían coincidencias entre la mayoría de los afluentes del grupo; pero la lectura era relativa, pues en concreto se definía al movimiento fundado por Juan Domingo Perón como un partido *burgués*, o sea, como un partido que no se proponía transformar el sistema sino reformarlo, manteniendo vigente el orden capitalista y sus instituciones. Esta posición no resultó perjudicial para los futuros integrantes de OCPO en su etapa juvenil de militancia. No

obstante, la situación sufrió un cambio brusco en 1972, cuando el dictador Alejandro Agustín Lanusse, último presidente de facto de la *Revolución Argentina*, lanzó el Gran Acuerdo Nacional y anunció la primera convocatoria a elecciones sin la proscripción del peronismo, que llevaba 18 años excluido de la escena política legal del país.

María Cristina Tortti (1999) analizó con lucidez la astucia de Lanusse, quien logró fuertemente el activismo de izquierda. El mandatario entendía que la presencia de la dictadura legitimaba el ejercicio de la violencia en dos sectores de la población –las capas medias de intelectuales, profesionales y estudiantes y la clase trabajadora– cuya cercanía resultaba cada vez más peligrosa para el sistema. Su jugada, en efecto, apuntó a desacreditar las propuestas radicales y a reincorporar a los trabajadores a sus identidades partidarias de origen, quitando a su vez a las Fuerzas Armadas del foco de un contexto que las había desbordado. Pero pese a que los cuadros de Poder Obrero percibieron hacia dónde dirigía sus cartas el poder, reaccionaron de una manera que luego calificarían como «ultrazquierdista» (El Obrero, 1973: 1).

Según relata Federico Cormick (2015: 103), las distintas vertientes de OCPO –a excepción de Lucha Socialista– se pronunciaron a favor del voto repudio o el boicot electoral, adhiriendo a la consigna *ni golpe ni elección, revolución*, que enarbolaba el sector más combativo del movimiento sindical clasista de Córdoba. Sucedió entonces que, una vez realizadas las elecciones que consagraron presidente a Héctor Cámpora, la cosecha de votos de esa posición fue tan minoritaria, que al día siguiente, tal como recuerdan Castro e Iturburu (2004: 106), «solo el humor cordobés mitigó el abatimiento avergonzado de quienes habían impulsado esa táctica».

A juicio de Ángel Stival (*apud* Montali, 2013: 13) «nosotros planteábamos una estupidez política. Acá estaba Obregón Cano como candidato a gobernador y nosotros hicimos voto programático...». Así y todo, este fracaso sería decisivo para el nacimiento de Poder Obrero, pues abriría un período de autocrítica que profundizaría lazos ya tendidos entre algunas de sus agrupaciones fundadoras. Poco a poco el debate fue arrojando nuevos grupos al núcleo central, y acabó delineando una estrategia dirigida a superar el reciente tropiezo y reflejar las lecciones de aprendizaje político que cada una de sus fracciones había obtenido de esa experiencia.⁸¹

En esta dirección, a su postura respecto a la clase obrera, la lucha armada y la caracterización del país, la organización añadió otro elemento que la distinguiría de la mayor parte de las corrientes de izquierda: su clasificación de la coyuntura Argentina como «prerrevolucionaria» (OCPO, 1975a: 2). Es decir, desde la óptica del grupo, pese a los crecientes niveles de movilización y violencia –sobre todo a partir del *Cordobazo*–, los trabajadores aún no estaban preparados para disputar el poder cuya configuración, no obstante, habían comenzado a cuestionar. Y esto se debía, antes que nada, a la ausencia de un

⁸¹ Una notable descripción de este periplo puede encontrarse en la tesis de Ana Mohaded (2009). Por su parte, Federico Cormick (2015) analizó de qué manera repercutieron en la posición de esta tendencia las luchas obreras de Villa Constitución (1974 y 1975), donde la estructura de Poder Obrero creció a pasos acelerados en medio de las protestas contra algunos puntos del *Pacto Social* del presidente, primero, y más tarde frente a las medidas de ajuste económico que implementó el gobierno de su viuda y sucesora, María Estela Martínez.

partido *verdaderamente* revolucionario y a la falta de *conciencia* y preparación de las masas para encarar la lucha de clases. La perspectiva es todavía más interesante si se toma en cuenta la opinión del PRT-ERP y de Montoneros frente al mismo contexto, pues los primeros señalaban que en el país la guerra ya estaba lanzada (Carnovale, 2011: 69),⁸² y los segundos, que para el momento fundacional de OCPO acababan de pasar a la clandestinidad, habían reforzado su aparato armado en el marco de sus enfrentamientos con la derecha peronista.

¿En qué consistía entonces la propuesta estratégica de Poder Obrero para esa etapa? En primer lugar, el grupo planteaba la necesidad de ampliar todo lo posible la inserción de sus cuadros en los sectores populares. Y, en segundo lugar, aspiraba a construir un *Frente Único* y un *Frente Democrático* dentro de un mismo Frente de Masas (Castro e Iturburu, 2004: 104). El objetivo de la primera herramienta, en orden de incrementar la potencia y la capacidad de presión del movimiento revolucionario, era formar una coalición que reuniera a las tendencias de izquierda junto a la clase obrera y el resto de los sectores populares. La misma debía contemplar:

(...) una línea de acuerdos por arriba, basados en consignas y necesidades reales de la clase obrera y las masas populares (...). Promoviendo, al mismo tiempo, por abajo organismos de base de Frente Único de la clase obrera en todos los niveles, tales como comités de resistencia, comités sindicales de lucha, piquetes obreros armados, etc. (OCPO, 1975a: 4).

En tanto que la restante, sobre todo ante la posibilidad de que el país sufriera otro golpe de Estado, buscaba sumar a esa convocatoria a las fracciones progresistas de los partidos de origen popular –se mencionaba a los Radicales y Peronistas Auténticos (OCPO, 1975a: 6)– con el propósito de forzar una nueva convocatoria a elecciones «libres, democráticas y sin proscripciones», que garantizara «la libertad política y la democracia para el pueblo, con la libertad de los dirigentes obreros presos y de todos los presos políticos, [el] desarme, [el] juzgamiento y castigo de las bandas armadas [y] la inmediata convocatoria a paritarias democráticas para reactualizar el salario» (OCPO, 1975c: 17).

En tal sentido, para la agrupación resultaba imprescindible el retorno a un marco favorable a la militancia legal, puesto que la lucha democrática –definida por ellos como la lucha por lograr «mejores condiciones concretas» para los sectores populares (OCPO, 1975a: 5)– constituía desde este enfoque una instancia clave en el proceso revolucionario. De hecho, Poder Obrero creía que era ese el camino a seguir a fin de agotar las esperanzas de las masas en el régimen liberal-representativo. Es decir, según afirmaban sus integrantes, al no poder ir más allá de la conciliación de las clases, pues hacerlo implicaba romper con el orden al cual pertenecían, tarde o temprano los partidos y la democracia liberal acabarían demostrando su insuficiencia –o sus límites– para satisfacer las demandas obreras y populares, allanando el camino a la revolución socialista como única alternativa de construcción de un mundo más justo:

Los comunistas, (...) deben encarar la más decidida participación en los organismos e instituciones en que las masas tengan

⁸² No está de más recordar que en 1974 esta agrupación montó un foco de guerrilla rural en el monte tucumano.

expectativas, y el más enérgico impulso a las luchas por la ampliación de la democracia burguesa hasta tanto estas superen a las mismas y busquen sus propias formas de democracia (OCPO, 1975a: 8).

Al fin y al cabo:

La democracia burguesa no se agota ni puede agotarse jamás en sí misma, en un proceso pacífico y legal que no salga de sus marcos. El agotamiento político de la democracia burguesa no consiste en que las masas «se aburran de votar», sino que consiste en la superación de su vigencia en la conciencia y la acción de las masas; esto se produce cuando se confronta con la necesidad de la revolución, cuando choca con ella. Sin ascenso revolucionario que choque abruptamente con los límites de la democracia burguesa, no hay posibilidad alguna de agotamiento político de la misma (OCPO, 1975b: 8).

En otro orden, estos frentes eran apreciados como el terreno ideal para preparar al *pueblo* de cara a la lucha de clases. Sobre todo porque al interior de los mismos, la vanguardia tendría la posibilidad de fomentar en las masas la conciencia revolucionaria a la que estas, en teoría, estaban destinadas. Y es por eso que Poder Obrero se proponía organizar a la población a través de mecanismos típicos del estilo de ejercicio *directo* de la democracia –como sindicatos clasistas, comités de resistencia, asambleas populares y demás. ¿Por qué? Pues debido a que en dicho marco, a criterio del grupo, las relaciones de dominación se transformarían en relaciones horizontales, o sea, en relaciones entre sujetos que ya no estarían atravesados por la lógica de la mercancía o de la dominación de clase. Para decirlo apelando a una imagen concreta: esos espacios serían la semilla de un mundo por venir; un mundo cuyas bondades podían –y debían– experimentarse con anterioridad al triunfo socialista. Lograr que esa semilla germinara hasta constituir un doble poder lo suficientemente fuerte como para hacer temblar la estructura política burguesa, era la tarea que esta corriente asignaba a la militancia revolucionaria. Al punto que, en línea con lo que Antonio Gramsci definió como «democracia obrera» (Gramsci, 2013: 58-62), era la democracia directa la alternativa que OCPO oponía al sistema liberal-representativo como forma de organización de la sociedad. Una forma que sus integrantes estimaban *real y verdadera*, además de más justa y equitativa, frente a la *formalidad* o al carácter *ficcional* de un sistema cuyas promesas de libertad e igualdad eran permanentemente interrumpidas por el autoritarismo militar.

Todos estos lineamientos parecen indicar que la organización consideraba a la lucha reivindicativa de las masas como el motor del cambio revolucionario. En efecto, eso es lo que se sugiere en el documento fundacional (OCPO, 1975a: 8): «es necesario acompañar la experiencia de lucha de las masas, ya que estas procesan su conciencia a partir de su práctica social y política». Por supuesto que el grupo aclaraba que los activistas no debían contemplar de manera pasiva esa situación, sino «condicionar y acelerar ese proceso, potenciando y profundizando los aspectos que apunten en el curso de la lucha en un sentido revolucionario». Y es aquí donde el asunto se vuelve complejo, dado que si bien OCPO sostenía que la preparación militar de los sectores populares tenía que ser paralela a la evolución de su actividad política, a fin de que estos estuvieran listos para cuando estallara la guerra civil contra las clases dominantes, no puedo dejar de observar ciertas contradicciones que plantearían serios problemas al interior del grupo. Veamos, por ejemplo, otro fragmento de *Bases para un acuerdo de fusión*:

Los comunistas también reivindican la necesidad de que el partido revolucionario cuente con su propia expresión militar, que actúe para golpear al enemigo en función de las necesidades políticas de las masas, y no para «propagandizar una sigla». (...) Realizando operaciones «ejemplares» que marquen, con justeza política, al movimiento obrero y popular la legítima vía de violencia para la lucha por el poder, cuidando de no caer, como ya se dijo, en el mero propagandismo o el sustituisimo (*sic*) militarista, que no resuelven la integración de las masas al ejercicio de la violencia (OCPO, 1975a: 8).

En la misma dirección, en el documento *Democracia y revolución*, también elaborado en 1975, la agrupación afirmaba lo siguiente:

Nosotros partimos de una estrategia de guerra prolongada que requiere el desarrollo de la lucha armada y la construcción militar (...), sistemática y permanente desde mucho antes de plantearse la situación revolucionaria. Pero donde la insurrección en los centros urbanos fundamentales tiene un papel importantísimo y decisivo: posibilitar un salto cualitativo hacia la fase de ofensiva estratégica de la guerra revolucionaria, con un asentamiento territorial y un Ejército Revolucionario obrero y popular de masas (OCPO, 1975b: 3).

No obstante:

Para el desarrollo de un plan insurreccional de este tipo, no es imprescindiblemente necesaria la existencia plena de organismos de democracia directa de masas, ni mucho menos que sean ellos los que den “la señal” para desencadenar el plan insurreccional. (...) Es perfectamente posible que la correlación de fuerzas no alcance para posibilitar un desarrollo acabado de esos organismos, que la represión golpee a los sucesivos intentos, encarcelando y matando dirigentes, atacando asambleas, clausurando locales, etc. (...); y en ese sentido, es posible que se llegue a una situación en que sea necesario y posible lanzar una ofensiva militar decisiva sin que exista plasmado organizativamente un doble poder en forma de estructuras del tipo de los soviets en el conjunto de la sociedad (OCPO, 1975b: 11-13).

En la última cita se hace más explícito lo que en las anteriores se intuye: «la vigencia de las tareas dirigidas a lograr una acumulación militar revolucionaria tienen una especificidad, una dinámica propia, una autonomía relativa respecto de los otros factores y de los otros niveles de acumulación del partido y de las masas», ya que, en definitiva, «la cuestión del poder por definición y por esencia, en tanto el poder es la capacidad de una clase de imponer su voluntad política a la clase enemiga, es siempre (...) un problema militar». A fin de cuentas: «Es cierto siempre, que la cabeza del combatiente dirige al fusil y no es menos cierto que siempre “el poder nace del fusil”», pues «todo poder político se asienta, y se ha asentado, en las armas» (OCPO, 1975b: 5 y 13). De modo que estos extractos documentales plantean algunas preguntas: ¿eran entonces las luchas de las masas el motor del proceso, el generador de la imprescindible conciencia revolucionaria; o acaso para el grupo era la acción armada la catalizadora de esa situación? Y qué decir de los protagonistas, ¿acaso estas definiciones no representaban, al menos en cierto sentido, una inversión de roles entre la clase obrera y la

vanguardia? ¿Acaso no sucedía algo parecido, además, con la subordinación de la lucha armada al resto de las múltiples formas de la lucha política?

No pretendo con esto ingresar en el terreno de un debate teórico, sino marcar una serie de puntos en los cuales los documentos de OCPO se vuelven confusos, ambiguos, permitiendo distintas interpretaciones. Al respecto, los militantes entrevistados por Mohaded (2009) afirmaron que el incremento de la violencia en los conflictos políticos, en especial a partir de 1975, motivó la emergencia de una línea militarista que a punto estuvo de fracturar al grupo. Pero al momento de formular hipótesis sobre la misma, no fueron pocas las voces que la atribuyeron al ingreso de cuadros muy jóvenes a la organización, con poca o ninguna experiencia en los frentes de masas y en medio de un enfrentamiento cada vez más radical con las fuerzas de seguridad del Estado. Y si bien los argumentos no dejan de ser verosímiles, creo que se puede avanzar un poco más, acoplando a estas otras causas que también podrían haber incidido en ese contexto. Por ejemplo, volvamos a uno de los documentos de El Obrero (1971b: 2) que cité en las primeras páginas de este trabajo. En él, al tiempo que se aclaraba que «la suma de acciones armadas no consiguen lo que las masas no pudieron conseguir en su lucha», la agrupación indicaba que:

(...) lo que sí puede afirmarse es que las acciones armadas de todos los grupos *despiertan*⁸³ en los sectores más atrasados (...) *admiración, simpatía y curiosidad* por las ideas políticas, por la política en general, por tener conocimientos políticos y ver la ineficiencia de la organización sindical para lograr la liberación obrera. (...) Es necesario entonces organizar, preparar, perfeccionar, dotar de los medios necesarios a lo que la vanguardia y aun las mismas masas se plantean espontáneamente: su instinto de defenderse y responder espontáneamente a los ataques de la burocracia, la represión y la patronal. Y las formas de defenderse y responder a estos ataques no tienen por qué limitarse a la protección de un orador clasista en una asamblea por ejemplo, ni a la organización y defensa de las manifestaciones. Para ello basta ver la reacción de los obreros de Perkins ante la voladura de la casa de un ejecutivo de una fábrica, que no fue de tristeza precisamente. (...) Lo que no se entiende es que subordinarse a un único medio de lucha, aun cuando sea el fundamental en este momento, no contribuye (y aún retarda) a la formación de la conciencia socialista del proletariado. (...) Triste será el papel de aquél que diciéndose socialista y revolucionario no está a la vanguardia en el terreno de la violencia (El Obrero, 1971b: 3-5).

El carácter un tanto enrevesado de todas las expresiones citadas hasta aquí, parece manifestar un desplazamiento del eje táctico-estratégico planteado por el grupo; un giro discursivo que ya no garantizaba la subordinación de la violencia a las demás formas de la lucha política. Y es ese el motivo por el cual considero viable aplicar a Poder Obrero la misma hipótesis que Vera Carnovale (2011: 70 y 71) formuló para el caso del PRT-ERP: la contraposición entre el modelo estratégico *insurreccional* y de la *guerra popular prolongada*. Es así que si el primero, correspondiente a la Revolución Rusa, «combinaba la sublevación de las masas con la acción organizadora y orientadora del partido de cuadros», exigiendo un plan

⁸³ Las cursivas en esta cita me pertenecen.

militar que, sin embargo, debía supeditarse «al contexto del auge de masas»; el segundo, en cambio, transformaba a la creación de un ejército y al desarrollo de acciones militares en el disparador del proceso revolucionario.

En efecto, como apuntó Carnovale (2011: 73-76), este último modelo provenía de las experiencias china y vietnamita, y había sido pensado para países coloniales o semicoloniales, es decir, para países de estructura económico-social *precapitalista* que estaban sometidos a la opresión no de una clase o sector social, sino de una potencia extranjera, justamente lo contrario de lo que el OCPO afirmaba en su caracterización de la Argentina. Por lo tanto, el hecho de enfrentar a un enemigo invasor que los superaba técnicamente, obligaba a los rebeldes chinos y vietnamitas a construir una fuerza militar opositora, con lo cual la figura de la guerra «no evidenciaba, como en el modelo insurreccionalista, la etapa culminante de la situación revolucionaria signada por el auge de las masas; [sino que] era su propio motor, y el ejército, aunque bajo la dirección del partido, su gran protagonista» (Carnovale, 2011: 74).

Algo similar a lo que Carnovale sostuvo respecto al PRT-ERP ocurrió en el caso de Poder Obrero, cuando en 1975, a la vez que se planteaba que la situación nacional era prerrevolucionaria, esto es, anterior al momento de confrontación violenta y definitiva entre las clases, el grupo anunciaba la fundación de una fuerza militar propia: las *Brigadas Rojas*, a la cual asignaría la tarea de empujar los conflictos hacia el desenlace de una coyuntura revolucionaria. Tal es así que no pocos testimonios recalcan que las Brigadas fueron reemplazando a otras modalidades de acción militar, como por ejemplo los piquetes obreros armados, que OCPO venía desarrollando por esos tiempos y que consistían en operaciones de contención y autodefensa –custodia de dirigentes sindicales, protección en movilizaciones, etcétera. Siguiendo el análisis de Mohaded (2009: 190 y 191): «lo que la mayoría de los entrevistados califican como el mayor error y el alejamiento de la línea que viene construyendo [OCPO] en esos años, constituye [la creación de] las Brigadas Rojas como brazo armado de la organización política, alejándose incluso de la práctica de los piquetes y las milicias obreras».

En suma, Poder Obrero no fue una corriente ajena a la simplificación de las controversias políticas a los términos de la lucha militar. Insisto que no se trata aquí de desconocer el protagonismo de la violencia en las sociedades humanas, ni mucho menos de practicar una separación estéril entre política y violencia que expulse a las diversas formas de esta última fuera del universo de la primera, algo a lo que se oponen, con sólidos argumentos, autores como Ansaldi, Calveiro, Carnovale, Pozzi y otros que he citado a lo largo de este texto. Al contrario, se trata de encontrar los límites de una determinada estrategia, es decir, los puntos de contacto entre una propuesta política y su fracaso en el terreno de la *praxis*.

En ese sentido, si la lucha armada tuvo su *locus* gestante, sus condiciones de posibilidad, en la proscripción del peronismo y luego de la política en su conjunto, la misma encontró su *lógica de radicalización* (Tcach, 2006: 163) en la masacre de Ezeiza, en la confrontación entre los sectores de izquierda y derecha del peronismo –que en Córdoba implicaron la temprana militarización de la provincia– y en los golpes de Estado que asolaron a Chile y Uruguay en 1973, en tanto acontecimientos que mostraron cómo se preparaban las clases dominantes del continente para afrontar las amenazas al orden establecido. Pero lo particular del caso de OCPO en dicho contexto, aquello que asemeja la trayectoria de esta agrupación a la de otras corrientes de la militancia de izquierda del período, fue la persistencia de la convicción que depositaba en las armas las claves para la gestación y movilización de la conciencia

revolucionaria de las masas. La misma obró de puente en el trascurso de las dos instancias mencionadas, imponiéndose al resto de discursos que circularon entre los integrantes de la agrupación y operando a la manera de una profecía autocumplida, esto es: si las acciones militares *despertaban la simpatía* de los trabajadores por la política en general, ¿no correspondía entonces, en el contexto represivo desatado en la Argentina a partir de 1973, acelerar el desarrollo de esas acciones, antes que apostar al trabajo lento de la persuasión política? Nuevamente los documentos parecen indicar que fue eso lo que sucedió, por ejemplo en la valoración que el grupo hacía de la experiencia de aquellos países donde la revolución había triunfado:

Vemos así como hoy el mundo, en la totalidad (o en la mayoría aplastante de los casos) las alternativas revolucionarias revisten el carácter de fuerzas militarizadas, de estructuras políticas armadas, de movimientos guerrilleros que avanzan hacia su consolidación como Ejércitos Revolucionarios (OCPO, 1975b: 3).

De esta manera, la lógica del combate acaparó la percepción sobre cuál era el camino indicado para torcer la correlación de fuerzas entre las clases, hecho que también puede observarse en la evolución de la dinámica de operaciones de Poder Obrero en el aspecto militar. Tal como expone Federico Cormik (2015: 114-117) a través de los archivos de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), lo que en 1974 se planteaba como un respaldo logístico a las luchas de los trabajadores mediante la práctica de los piquetes obreros armados, en combinación con acciones llevadas adelante por la organización a los fines de ir *acompañando y guiando* la experiencia de lucha de las masas; hacia 1975 fue tornándose en un ejercicio exclusivo de estas últimas en detrimento de las primeras. Así fue que las tomas de fábricas, de emisoras de radio o el secuestro de dirigentes gremiales con el propósito de lograr reivindicaciones e instalar consignas políticas que le permitieron a OCPO alcanzar cierto grado de notoriedad pública,⁸⁴ poco después dieron paso a operaciones más arriesgadas que incluyeron la ejecución de sindicalistas y agentes de las fuerzas de seguridad.

En dicho marco, algunas de las operaciones más significativas –ocurridas todas en 1975– fueron el robo de una avioneta en Villa Constitución, desde la cual arrojaron volantes sobre la localidad y la cárcel en la que estaban reclusos un conjunto de presos políticos; el ataque a la compañía cordobesa Transax; la voladura de la casa del interventor de la UNC y el secuestro de un directivo de SIEMENS por cuyo rescate obtuvieron un millón de dólares. Por supuesto que este proceso no trascurrió al margen de profundos debates y disidencias que, sin embargo, no lograron volcar la estrategia del grupo en otro sentido. Pero debo aclarar, una vez más, que el militarismo de Poder Obrero no puede pensarse solo como el resultado de la radicalización de los conflictos en los años previos al golpe de Estado de 1976, sino que es necesario hacer dialogar esa situación con las matrices ideológicas que sus distintos afluentes habían abrazado en su nacimiento, y que parecen indicar la continuidad de una concepción que encontraba en

⁸⁴ Según se sostiene en el libro de Ediciones a Vencer (Obra Colectiva, 2009: 203), el ministro del Interior del gobierno de María Estela Martínez de Perón, Alberto Rocamora, responsabilizó a Poder Obrero por las protestas que tuvieron lugar en Villa Constitución en el trascurso de 1974, donde el grupo llegó a tener una influencia considerable en industrias de alta calificación, como por ejemplo ACINDAR.

las armas la chispa que encendería la pradera, el motor que pondría en marcha el cambio social en nuestro país.

Consideraciones finales

El abordaje de la Organización Comunista Poder Obrero se encuentra recién en una fase inicial. Estas páginas no agotan la riqueza de su experiencia; al contrario, mi propósito ha sido rescatar un conjunto de elementos que alienten nuevos estudios sobre esta agrupación. Es por eso que intenté destacar, ante todo, la influencia en OCPO del estilo asambleario que adoptaron las luchas sociales en Córdoba a finales de los años sesenta; su esfuerzo por mantener cierta horizontalidad en la relación con los sectores populares y el despliegue de una estrategia que buscó subsanar las diferencias político-ideológicas entre la militancia de izquierda.

En línea con estos puntos, me parece oportuno agregar que en esta organización no existieron jerarquías militares al estilo formal de un ejército, más allá de las cuestiones organizativas que definían las funciones de cada cuadro en una acción armada concreta. En ella tampoco se implementaron marcos regulatorios de la vida de sus integrantes, como fue el caso del *Código de Justicia Penal Revolucionario* de Montoneros, el cual, derivado en gran medida de la necesidad de proteger sus filas frente a la represión estatal, endureció notablemente la disciplina interna del grupo.⁸⁵

Por último, la impronta de Poder Obrero, en oposición a otras tendencias, estuvo menos marcada por liderazgos de tipo vitalicio o personalista, al punto que en su lógica operativa parece haber predominado el debate de ideas antes que la imposición de órdenes, típica esta última de los modelos de conducción verticalista. Y aunque en esto podría haber incidido la brevedad de la existencia de OCPO, junto a la pequeña dimensión de su estructura —si se la compara con la de Montoneros o el PRT-ERP—; sea como fuere, *debate y democracia interna* son dos conceptos nítidos en la memoria de quienes integraron esta agrupación: «Poder Obrero tiene eso [de organismo] colectivo (...). Nace en el debate horizontal. Para mí es una conquista fundamental el respeto al compañero que se paraba y le decía a la dirección: “no acuerdo, así no, por tal cosa”; y lo reivindicó particularmente». O bien: «Una característica era ser fuertemente críticos al interior. (...) y si bien había liderazgo, me parece que no había una relación de depositación [sic] en el líder (testimonios de Graciela de la Torre y Alicia Stolkiner, *apud* Mohaded, 2009: 146 y 193).⁸⁶

⁸⁵ El *Código* de Montoneros representó la formalización de un documento anterior, las *Disposiciones sobre la Justicia Penal Revolucionaria* (1972), y puede interpretarse como el fruto de un proceso de burocratización o también como la expresión del desarrollo del grupo a lo largo del tiempo. El PRT-ERP, por su parte, no oficializó ningún marco regulatorio, aunque algunos autores señalan que el documento *Moral y proletarización* (1972) operó a modo de referencia general o de guía en ese sentido. Dos trabajos recomendables para abordar estos temas son el de Laura Lenci (2009), en relación a Montoneros, y el de Vera Carnovale (2011) sobre el PRT-ERP.

⁸⁶ Un interesante detalle al respecto es que los documentos del grupo nunca llevaban la firma de sus autores, ya que «no importaba quién los escribiera sino su contenido» (testimonio de Dardo Castro, *apud* Obra Colectiva, 2009: 211).

Esta orientación, en definitiva, se correspondía con el propósito de construir un modelo de sociedad «dirigido de abajo hacia arriba, donde la deliberación popular, los parlamentaristas, tuvieran un gran predominio sobre las formas verticales» (testimonio de Mario Burgos, *apud* Mohaded, 2009: 171 y 172). A punto tal que el paradigma político de tipo *ateniense* que Poder Obrero opuso al sistema liberal-representativo, permite complejizar el lugar común según el cual los militantes revolucionarios no creyeron en la democracia.

Lo dicho no implica que la estrategia de Poder Obrero haya estado exenta de limitaciones. En efecto, una de ellas fue la clasificación del peronismo como un partido burgués, lectura que el grupo no modificó en su esencia, pese a la autocritica luego de las elecciones de 1973, dado que sus integrantes continuaron sosteniendo que la clase obrera debía reemplazar dicha identidad por una *verdadera* conciencia revolucionaria. Esto representó, en la práctica, un techo para las aspiraciones frentistas de esta corriente, que en cuanto al peronismo no avanzaron más allá de los contactos con el sindicalismo combativo y las fracciones de izquierda del movimiento. Por otra parte, Poder Obrero nunca dejó de referirse a Montoneros como una organización «reformista» (OCPO, 1975c: 26) «de tinte populista» (OCPO, 1975a: 2); a la vez que acusaba al PRT-ERP de ser una tendencia propensa al «militarismo» que aplicaba una política «sustituista», o sea, una política «que reemplaza[ba] el accionar de las masas por el del PRT y el ERP» (OCPO, 1975b: 26).⁸⁷

Cabe preguntarse si acaso OCPO no se asumía como *el partido* de la revolución, al menos de manera indirecta, ya que en los hechos sus cuadros procuraban no arrogarse atribuciones de ese talante. Al fin y al cabo, las críticas al resto de los destacamentos llevan a pensar que la confluencia sería posible siempre y cuando se hiciera en torno a *su* propuesta, destacada como la única capaz de nuclear «a los sectores de vanguardia obrera que hoy, ante la crisis y la quiebra de las opciones burguesas, buscan una salida socialista y no la encuentran ni en Montoneros ni en el PRT» (OCPO, 1975c: 27). Todo esto no debe ocultar, sin embargo, que los esfuerzos por concretar alianzas no solo existieron sino que estuvieron a punto de concretarse tras el golpe de Estado de 1976, en las reuniones en que Montoneros, el PRT-ERP y OCPO intentaron conformar la *Organización de Liberación Argentina* (OLA), proyecto que quedó trunco, según Castro e Iturburu (2004: 103), debido a la crisis terminal en la que se encontraban las tres agrupaciones.

Todavía más compleja es la segunda contradicción que señalé a lo largo del texto: la militarización de un grupo que buscaba lograr lo opuesto en términos políticos. ¿Cómo pudo ocurrir esto en una tendencia que aspiraba a hacer de esa búsqueda su marca distintiva? Mi hipótesis de una mezcla confusa entre el modelo insurreccional y el de la guerra popular prolongada no es más que el esbozo de una explicación que desborda las posibilidades de estas páginas. Tal explicación debería contemplar la juventud de los militantes; su inexperiencia política; la interpretación quizás demasiado apasionada que hicieron de los acontecimientos del período; así como también la militarización de las clases dominantes del país, que, por cierto, fue previa y en gran medida responsable de la radicalización de las corrientes progresistas. Al

⁸⁷ Aquí incluso es posible notar otra influencia de Lenin, a raíz de que Poder Obrero afirmaba la *validez* de su propuesta tanto frente a desviaciones de tipo reformista-economicista, que Lenin endilgaba en *Qué hacer* (1902) a la rama moderada de su partido –luego denominada menchevique–, como frente a aquellas de tipo aventurerista-voluntarista, atribuidas en la misma obra del líder ruso al grupo Libertad del Pueblo.

mismo tiempo, también debería contemplar las *estrategias ideológicas* a las que adhirió la izquierda en los sesenta-setentas, como por ejemplo el foquismo guevarista; estrategias que, siguiendo el análisis de César Tcach (2006), definían a la violencia como la instancia decisiva de resolución de los conflictos sociales y acabaron imponiéndose al resto de los discursos políticos en auge en aquella época. La consecuencia de esa imposición, según la perspectiva de Diego Cano (2003), fue resumir el proceso de cambio social a un acto de *voluntad*, o lo que es lo mismo: a la creencia de que las condiciones objetivas para la revolución ya estaban dadas y que las subjetivas podían *crearse* mediante la acción –armada o no armada– de la vanguardia.

En realidad, el militarismo no solo manifestaba un ímpetu pragmático por torcer con las armas la escasa inserción efectiva de la militancia entre las clases subalternas. A su vez, revelaba lo que a criterio de Pablo Pozzi (2006: 53) era una trágica confusión entre «combatividad y conciencia». Es decir, la certeza, precipitada y errónea, de que la movilización de los sectores populares argentinos, además de desestabilizante, estaba revistiendo características revolucionarias. Visto desde las propias claves estratégicas que adoptaron agrupaciones como Poder Obrero, al incrementar la actividad militar en el contexto de una sociedad que todavía no había asumido esa forma de lucha, ni tampoco el objetivo que esta perseguía –o siguiendo a Gramsci: al encarar la lucha por el poder antes de haber ganado la hegemonía política–, los grupos fueron operando cada vez más sobre el vacío de un *pueblo* que se retiró de la escena al endurecerse la represión estatal. En suma, como señaló Pablo Ponza (2010: 243): «la trampa mortal fue confiar en que potenciales éxitos militares se traducirían en réditos políticos, y que a través del hipotético triunfo militar se lograría también una apropiación compulsiva e inmediata de la representación política de las mayorías».

Por último, en línea con la posición de Waldo Ansaldi (2014), es posible afirmar que la lógica que ha predominado en la política Argentina, desde el siglo XIX en adelante, no ha sido la lógica de la política, sino la *lógica de la guerra*. Se trata de nuestro *laberinto borgeano*, en cuyo seno, y en una permanente dicotomía, los unos y los otros dejamos de ser contrarios –esto es: simplemente distintos– para volvernos enemigos entre los cuales no puede mediar más que la mutua anulación. Es por tal motivo que, al menos desde mi punto de vista, toda indagación sobre el pasado reciente debería mirar más allá de los hechos en sí, y del repudio o el elogio que estos nos generen, para buscar en las intersecciones de la historia, la cultura y la política las claves de una posible explicación.

Bibliografía

Acha, Omar (2012): *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*, Buenos Aires, Herramienta Ediciones.

Ansaldi, Waldo y Alberto, Mariana (2014): «Muchos hablan de ella, pocos piensan en ella. Una agenda posible para explicar la apelación a la violencia política en América Latina», en Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, coord., *América Latina. Tiempos de violencias*, Buenos Aires, Ariel, pp. 27-45.

Ansaldi, Waldo y Giordano, Verónica (2012): *América Latina. La construcción del orden*, Buenos Aires, Ariel, 2 tomos.

Ansaldi, Waldo y Giordano, Verónica (2014): *América Latina. Tiempos de violencias*, Buenos Aires, Ariel.

Calveiro, Pilar (2005): «Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia», en *Lucha Armada*, núm. 4, disponible en línea en: <<http://www.elortiba.org/pdf/lucharmada4.pdf>>

Cano, Diego (2010): «Revolución: ¿un acto de voluntad?», en *Lucha Armada*, anuario, pp. 18 a 33.

- Carnovale, Vera (2011): *Los combatientes, historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Castro, Dardo e Iturburu, Juan (2004): «Organización Comunista Poder Obrero», en *Lucha Armada*, núm. 1, pp. 102-109.
- Crespo, Horacio y Alzogaray, Dardo (1994): «Los estudiantes del Mayo cordobés», en *Estudios*, núm. 4, pp. 75-90.
- Cormik, Federico (2015): «Apuntes sobre la Organización Comunista Poder Obrero», en *Cuadernos de Marte*, núm. 8, pp. 95-128.
- De Riz, Liliana (2000): *La política en suspenso*, Buenos Aires, Paidós.
- Franco, Marina y Levin, Florencia, comps. (2007): *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós.
- Gilman, Claudia (2012): *Entre la pluma y el fusil*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gillespie, Richard ([1987] 2011): *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Giunta, Andrea (2008): *Vanguardia, internacionalismo y política*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gordillo, Mónica (2001): *Actores, prácticas y discursos en la Córdoba combativa: una aproximación a la cultura política de los 70*, Córdoba, Ferreyra Editor.
- Gordillo, Mónica (2013): «La revolución en la universidad», en Alicia Servetto y Daniel Saur, comps., *Cuatrocientos años de historia*, t. II, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Gordillo, Mónica; Malecki, Sebastián y Schmucler, Héctor (2009): *El obrerismo de pasado y presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SITRAC-SITRAM*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- Gramsci, Antonio (2013): *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Guevara, Ernesto (1960): *La guerra de guerrillas*, disponible en línea en <<http://www.ciudadoriental.com/guerradeguerrillas.pdf>>
- Harnecker, Marta (1985): *Estrategia y Táctica*, Buenos Aires, Editorial Antarca, disponible en línea en <<http://www.rebelion.org/docs/90183.pdf>>
- Harnecker, Marta (1984): *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Buenos Aires, Siglo XXI, disponible en línea en <<http://www.rebelion.org/docs/87917.pdf>>
- Lanusse, Lucas (2007): *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara Editor.
- Lenci, Laura (2008): «Justicia, política y violencia. Un análisis de los cuerpos normativos de Montoneros 1972-1975», disponible en línea en <<http://www.cedema.org/uploads/LauraLenci.pdf>>
- Lenin, Vladimir Ilich (1902): «Aventurerismo revolucionario», disponible en línea en <<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1902/agosto/001.htm>>
- Lenin, Vladimir Ilich (1902): *Qué hacer*, disponible en línea en <http://uptparia.edu.ve/libros_iut/que_hacerleninweb.pdf>
- Lisandrello, Guido (2011): «La izquierda y el movimiento obrero: La experiencia de El Obrero en Córdoba (1970-1973)», en *Razón y Revolución*, núm. 21, pp. 133-146.
- Mohaded, Ana (2009): *Memorias de los Setenta, la propuesta teórica, política y organizativa de la Organización Comunista Poder Obrero*, tesis para optar al título de Magister en Ciencias Sociales, Escuela de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Catamarca.
- Morello, Gustavo (2003): *Cristianismo y revolución, los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba, Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.
- Montali, Gabriel (2013): «Movimiento Estudiantil y Radicalización Política. La experiencia de los Grupos Revolucionarios Socialistas en Córdoba (1968/1973)», ponencia presentada en el VI Seminario Internacional Políticas de la Memoria, realizado en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, ciudad de Buenos Aires.
- Nercesian, Inés (2013): *La política de las armas y las armas de la política, Brasil, Chile y Uruguay 1950/1970*, Buenos Aires, CLACSO.
- Obra Colectiva (2009): *Organización Comunista Poder Obrero: una aproximación al socialismo revolucionario*, Buenos Aires, Ediciones A Vencer.
- Ollier, María Matilde (1998): *La creencia y la pasión*, Buenos Aires, Ariel.

Pacheco, Julieta (2010): «El Movimiento de Liberación Nacional y la discusión sobre la estrategia armada en la Argentina (1960-1969)», en *Izquierdas*, núm. 6, disponible en línea en <http://www.cedema.org/uploads/Pacheco_Julieta.pdf>

Ponza, Pablo: (2010) *Intelectuales y violencia política 1955-1973*, Córdoba, Babel.

Ponza, Pablo: (2014) «De la revolución armada al pacto democrático: cambio de paradigma en el grupo Pasado y Presente», en Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, coord., *América Latina. Tiempos de violencias*, Buenos Aires, Ariel, pp. 281-307.

Pozzi, Pablo (2006): «Para continuar con la polémica sobre la lucha armada», en *Lucha Armada*, núm. 5, pp. 44-53.

Pozzi, Pablo (2004): *Por las sendas argentinas: el PRT-ERP, la guerrilla marxista*, 2ª ed., Buenos Aires, Imago Mundi.

Salas, Ernesto (2007): «El errático rumbo de la vanguardia montonera», en *Lucha Armada*, núm. 8, disponible en línea en <http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/material/180.pdf>

Salas, Ernesto (2006): «El debate entre Walsh y la conducción Montonera», en *Lucha Armada*, núm. 5, disponible en línea en <<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/salas1.pdf>>

Servetto, Alicia (2010): *73/76 el gobierno peronista contra las «provincias montoneras*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Servetto, Alicia (2004): «Córdoba en los prolegómenos de la dictadura», en *Estudios* núm. 15, disponible en línea en <<http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/servetto.pdf>>

Tcach, César (2006): «Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay», en Hugo Quiroga y César Tcach, comps., *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario, Homo Sapiens, pp. 123-166.

Tortti, María Cristina (1999): «Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional», en Alfredo Pucciarelli, ed., *La primacía de la política: Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, EUDEBA, pp. 205-230.

Fuentes

Organización Comunista Poder Obrero (1975a): «Bases para un acuerdo de fusión», documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

Organización Comunista Poder Obrero (1975b): «Democracia y Revolución», documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

Organización Comunista Poder Obrero (1975c): «La ofensiva empresaria y el golpe», en *Revista El obrero*, documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

Organización El Obrero (1971a): «El peronismo. Esbozo de tesis», documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

Organización El Obrero (1971b): «Lucha sindical y lucha armada», documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

Organización El Obrero (1973): «Nuestra Autocrítica», documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

Revista *Siete Días* (1973): «El superhombre no existe», entrevista al sindicalista Agustín Tosco, disponible en línea en <<http://www.agustintosco.com.ar/discursos%20relevantes%2011.htm>>

Tosco, Agustín (1971): «Candidato desde la cárcel», carta a los compañeros del Sindicato de Luz y Fuerza, disponible en línea en <http://www.agustintosco.com.ar/12_de_septiembre_de_1971.htm>